
LOS RETORNOS IMPOSIBLES



Febrero de 1969

El Patio en día de gala. Vuelve a México el Monstruo de la Alameda, el vituperado, el desdeñado, el odiado

Raphael.

Todas las injurias posibles ya se han acumulado para protegerlo de la verdadera crítica. El insulto libera o, por lo menos, ahuyenta el análisis. Chistes, burlas, apodos, imitaciones: un país dedicado a recrear las gesticulaciones de un español/ quizá — ¡oh influencia de la visión psicológica de la Historia! — con el objeto de cuestionar la voluntad tajante y violatoria de

Hernán Cortés,

añadiéndole

interrogaciones y dudas a su rendimiento de Malintzin. Las agresiones, las insinuaciones malévolas o miserables construyen la columna de fuego del ídolo, de quien le da sentido vital a sus partidarios en esos momentos sonoros de éxtasis y comunión. Raphael en El Patio: ¿se puede

triunfar

dos veces en el

mismo sitio? ¿Existe el éxito no-heraclitiano?

La falsa morisquería absolutamente colmada se entrevera en el ánimo de la ciudad con la falsa latinidad del Forum, donde apenas ayer debutó Johnny Mathis, con su voz tan aterciopelada como de estafador haciéndose pasar por diplomático o como de vendedor de seguros insistiendo en su calidad de latin-lover. Y la expectación, ya parte tediosa de la tediosa rutina del

ídolo,

continúa trabajando los ánimos agregándole servilismo a la impaciencia. Falta

★ María Félix

quien siempre actúa como punto de apoyo visual, confirmación de la gloria del instante. (¿Cuántos mexicanos aparte de ella son con su mera presencia referencia importante, señal de logros? Pocos en verdad:

★ Dolores del Río,

★ el general Cárdenas,

★ José Luis Cuevas,

★ Cantinflas,

★ Carlos Fuentes,

Fernando Benítez



los políticos en alza, los toreros o futbolistas de moda,

★ ★ la China Mendoza

y las cámaras de televisión de Jacobo Zabłudovsky.)

El Patio es una especie de antesala, de pórtico hacia la decepción o lo sublime. Si Raphael repite el hechizo, todo se habrá salvado. Si no, morirá demasiado pronto, una nueva y breve religión de consumo exclusivamente latino. En la parte de arriba, desbordamiento de mujeres de negro con plumeros blancos. Porras, gritos que aspiran a la nerviosidad. Adhesiones propagadas por una manta del

CLUB DE ADMIRADORES

Los vasos perpetúan la efigie de Raphael, los menús se abanderan con su rostro, las conversaciones rondan las posibilidades de su destino. Las décadas de designación a última hora no han sido en vano. Todos esperan que de pronto



★ ★ ★ ★ ★ Fidel Velázquez

aparezca y dé el nombre del próximo Raphael para otros seis años.

...DECLARA SU ADHESION

Tere Vales (animadora profesional, lo que significa "mujer decidida a no olvidar ese imposible parlamento que en su cabal integridad reza así: Querido público") declama la introducción y se configura Raphael el deseado, y el frenesí de las admiradoras desearía ostentar un glamour afín a Sophia Loren, anhelaría olvidar las discusiones domésticas y los regateos con la triste vida y los despertares solitarios. Y Raphael canta

"Cierro los ojos" *

y lo dulcemente artesanal de las letras de Manuel Alejandro se convierte en el código verbal anhelado por esos seres ayunos de afecto. El doble compromiso ante un Registro Civil del espíritu: el público adopta a Raphael y Raphael adopta al público. La orfandad en El Patio ha concluido como era de esperarse: todo show importante no es sino un reencuentro con las instituciones hogareñas.

Y un señor con tipo de jerarca sindical (no es difamación lo que sigue) se incorpora y grita: "Ya no cantes para ellos, Raphael. Canta nomás para mí." Y no hay ambigüedad en sus palabras. La burguesía se vuelve renacentista y Cosme de Médicis le encarga a Rufino Tamayo el retrato de una Sforza o de la Señora Gutiérrez Roldán. Las imágenes de El Patio consienten el fade-out y el fade-in nos revela un estudio de televisión donde señoras y señoritas vocean su amor: "Raphael, Raphael, no

Siguiero

*Cierro mis ojos para que tú
no tengas ningún miedo
Cierro mis ojos para escuchar
tu voz diciendo amor. . .

hay otro como él." Y la señora Ruano, presidenta del Club de Admiradores de Raphael (con su cabeza cana y su aire ejecutivo y respetable y su blusa negra y su actividad de secretaria bilingüe) y otra mujer joven, de aspecto estricto como de maestra severa en *Adiós Mr. Chips* (versión no musical), defienden al ídolo y se argumenta que tales grupos no son una manera vacía de usar el tiempo libre: ellos se quieren entre sí, conversan y toman sándwiches y refrescos juntos y colaboran en los festivales de la Cruz Roja.

Son inermes.

Por tanto son invulnerables y es vana la agresión de los inevitables psicólogos que al no aceptarse como pajaros hitchcockianos de esta sociedad, abundan y enumeran los mecanismos de represión y desprecian (uno jamás sabrá por qué) a los admiradores y su capacidad prenatal de idolizar y un locutor exhibe los cientos de cartas a Raphael que una sola estación recibe en un día y la porra insiste: "Raphael es nuestro ídolo" y no es legítimo criticar a los admiradores de quien sea. *El que esté libre de posters que arroje la primera piedra.*

